

# SERVAN SCHREIBER, MINISTRO FUGAZ

Sus declaraciones contra la bomba francesa no le han sido perdonadas; Giscard y Chirac han echado al hombre al que encargaron «imaginar el futuro», porque el futuro no les convenía...

**A** Jean-Jacques Servan Schreiber se le había encargado «imaginar el futuro», según la definición oficial que se había dado de su nuevo ministerio, el de Reformas, en el consejo del 5 de junio; su imaginación no llegó a suponer que en el futuro de cinco días después, en el del consejo del lunes 10, iba a ser expulsado del Gobierno. Servan Schreiber ha manifestado su desaprobación de los ensayos nucleares franceses en la atmósfera: se ha puesto en contradicción con los ministros militares, con el primer ministro, Jacques Chirac, y con el Presidente de la República, Valéry Giscard d'Estaing, que es quien «ha indicado» al primer ministro que prescindiese del discolo, que le dejase en la puerta del Gobierno. Hay temas sagrados.

El ministro del futuro se ha encontrado con un tema del pasado. Un tema propio del General De Gaulle, desarrollado posteriormente; la oposición a este tema se ha pagado siempre con la oposición en general —es decir, con la pérdida de poder— y hasta algún general ha sido víctima, en su carrera, de haberse manifestado contrario a la experimentación de la bomba nuclear francesa.

¿En qué consistía —consiste— el ministerio de la Reforma? Poniatowski, portavoz del joven y ya conflictivo Gobierno, lo explica así: «En este período de evolución tecnológica y sociológica tan rápida, arrastramos estructuras, hábitos, razonamientos antiguos». Para salir de ellos hace falta «un esfuerzo de imaginación». Palabras recuperadas, pero ahora con la bendición oficial, de la revolución de mayo de 1968, que pedía «la imaginación al poder». Sin duda era demasiado: el poder no puede ser totalmente imaginativo, y necesitaba un solo especialista de la imaginación, «un hombre para hacer este esfuerzo» que al común de los políticos reclutados entre la clase conservadora les cuesta tanto. Servan Schreiber tenía que inventar el futuro, imaginarlo. No realizarlo: esa era una tarea que debía corresponder a los otros ministerios. El propio reformador apareció ligeramente escéptico ante este encargo: «Veremos lo que da de sí esta fórmula. En principio, me parece particularmente interesante».

Puede que Servan Schreiber no se saliese de sus funciones al condenar la experimentación nuclear en la atmósfera. Probablemente consideró que la táctica y la estrategia de la «disuasión» podían estar más o menos sobrepasadas, y eran algunos de los «arrastres» de los que tenía que disponer. De todas maneras, Ser-

en condiciones de proceder a pruebas subterráneas, como es el caso de los «grandes» (excepto China) ni tampoco de proseguir sus experiencias en laboratorio sin realizar estos ensayos previos. Por lo tanto, oponerse a las explosiones en la atmósfera es prácticamente oponerse a la continuación de la bomba atómica fran-

y decisiones en los organismos de investigación nuclear, sobre todo en el CEA (Comisariado de Energía Atómica). La decisión de iniciar las pruebas nucleares fue de Félix Gaillard en 1958, y las anunció para 1960. Pero en 1960 estaba ya el General De Gaulle en el poder, y la bomba francesa había tomado énfasis. Cuadraba bien con la idea general de la patria y de la historia que se hacía el General y con su necesidad de tener a su lado a los militares, después de la desmilitarización de Argelia y de los encuentros con la OAS. De Gaulle tenía la virtud de crear fórmulas y palabras con magia, y se inventó la de «force de frappe». «Es preciso —decía en 1959— que la defensa de Francia sea francesa... Debemos proveérnos de lo que convenimos en llamar "una force de frappe" (fuerza de golpe, capaz de golpear), susceptible de desplegarse en todo momento no importa dónde. Es preciso que la base de esta fuerza ha de ser un armamento atómico...».

Creó, por consiguiente, las leyes-programa de 1960 y 1964; los vectores necesarios para colocar la bomba «no importa dónde» (a partir de los aviones de bombardeo «Mirage IV»), de la balística SSBS («suelo-suelo-balística-estratégica»), de algunos submarinos atómicos con misiles del tipo «Polaris» y, naturalmente, de la bomba nuclear. Se sabe que la concurrencia con las grandes potencias es imposible; pero según la doctrina de la «disuasión», lo que importa es hacer saber al «enemigo» —sea cual fuere— que Francia puede causarle daños tan importantes que considere que la destrucción de Francia, de Francia entera, habría de pagarla demasiado cara.

Desde sus primeros momentos, la construcción de la bomba nuclear francesa encontró enemigos. Por una parte, presupuestarios; en el año en que se cubría la primera generación (la de los «Mirage», antes de la creación de los SSBS) el presupuesto era de 11.000 millones de francos. En segundo lugar, filosófico, militar: la construcción de la bomba podría atraer la destrucción de Francia antes que la de cualquier otro país europeo, con objeto de evitar que tuviese tiempo de emplear su «disuasión», y la situación científica, económica y mineral de Francia impediría nunca alcanzar a las grandes potencias, ni siquiera crear la capacidad de defensa esperada. En tercer lugar, se alzaron los ecologistas: los que creen que los ensayos nucleares, aun en laboratorio, son perjudiciales. Estos tuvieron su asiento, más que en Francia —René Dumont les ha representado en la

## Juan Aldebarán

van Schreiber no se ha opuesto a otra cosa que a los ensayos nucleares en la atmósfera, coincidiendo así con una doctrina aceptada mundialmente por las grandes potencias, nucleares o no, según tratados en vigor. Se ha convalidado que las explosiones nucleares en la atmósfera causan daños en el medio, y pueden alcanzar a las poblaciones vecinas. Pero, sin duda, Francia no está

cesa. Y, por lo tanto, a la base del pensamiento militar francés de la «force de frappe».

La decisión de crear una fuerza nuclear es, en realidad, anterior a De Gaulle. Es una idea militar aparecida durante la IV República, cuyos sucesivos Gobiernos, de 1954 a 1958 (incluyendo al socialista de Guy Mollet), fueron confiando cada vez más a los militares los mandos



Fotografía tomada durante una de las primeras explosiones atómicas francesas en la Isla de Mururoa. Las declaraciones de Servan Schreiber contra esos ensayos franceses han motivado su cese como ministro, recién estrenado, de Giscard.



última campaña presidencial y ha obtenido un reducido porcentaje de votos— en las zonas del Pacífico donde Francia comenzó a hacer sus experiencias, después de haber tenido que abandonar el polígono de Sania Ramel, en Argelia, Japón y otros países asiáticos, las naciones americanas con orillas al Pacífico, Oceanía, se han opuesto vivamente a las explosiones francesas en el atolón de Mururoa; han llegado a hacer algunos actos espectaculares, como el envío de embarcaciones a las zonas de operación con la esperanza de impedirlos. No han sido sólo extranjeros, sino también franceses quienes han iniciado estas aventuras navales; no han dado resultado. Pero las condenas a Francia en el extranjero son unánimes, y la exigencia de que termine sus ensayos ha sido llevada no sólo a las Naciones Unidas —donde el consenso en que las experiencias se terminen es total, con la excepción de China—, sino al Tribunal de La Haya.

De esta manera, resulta que Servan Schreiber, ministro del Gobierno francés que ha ordenado (en puridad: que ha aceptado los planes militares) las experiencias que han de realizarse este mes, da armas «a los enemigos de Francia», según el lenguaje habitual de los nuclearistas. Y contradice abiertamente a su primer ministro, Chirac. El

mismo día 5 en que se definía en consejo de ministros a Servan como «imaginador del futuro» Chirac leía a la Asamblea su mensaje. Es un mensaje gubernamental. Es decir, que comprometía oficialmente a todos los miembros del Gobierno sin excepción, y por el presidencialismo constitucional, al Presidente de la República. Y en ese discurso decía que el deseo de consolidar la paz no dispensa a Francia «del esfuerzo indispensable para disponer de un potencial militar suficiente, y especialmente de medios eficaces de disuasión nuclear. La seguridad del país depende de ello». Al día siguiente Servan Schreiber lanzaba su ataque contra la explosión nuclear, y lo confirmaba con una conferencia de prensa. El futuro que se le había encargado imaginar no coincide con el imaginado desde por lo menos 1954 por los estrategas y por los científicos militares franceses, ensalzados por De Gaulle y continuado por el nuevo régimen. El «cambio de época» anunciado por Giscard no podría llegar a tanto.

¿Contaba desde un principio Servan con este final? ¿Sabía en realidad cuál era el futuro? Tiene una imagen de Maquiavelo de bolsillo que parece hacerle merecedor de que se le atribuya esta maniobra: entrar en el Gobierno francés con objeto de salir con escándalo y crear de él

una imagen especialmente independentista. Quizá comenzar a sumar su fuerza —la del partido radical— a la oposición. El partido radical aún estuvo dudando de a quién apoyar en las vísperas del segundo turno presidencial...

La imagen de Servan Schreiber arranca de la izquierda. Hijo de una familia de periodistas hebreos (su padre fue el fundador de «Les Echos», periódico financiero), con buena ficha militar en la guerra (piloto de caza de las fuerzas francesas libres), fundó a los veintinueve años un semanario, «L'Express», con François Giroud, con un objetivo político inmediato: la lucha contra el colonialismo francés en Indochina, luego en Argelia. Hacía falta bastante valor para ello; la lucha anticolonialista estaba reservada entonces a organizaciones clandestinas. Sobre todo cuando su edad y su condición de militar de complemento le llevarían obligatoriamente a la guerra de Argelia a las órdenes del Ejército, cuya acción combatía en su semanario: fue condecorado por su cumplimiento del deber, pero fue también después procesado por supuestas ofensas al Ejército cuando describió la etapa argelina de su vida en un libro («Teniente en Argelia»). Servan Schreiber puso luego su semanario al servicio de un político en el que una amplia izquierda tenía puestas sus esperanzas, Pierre Mendès-France; para apoyarle convirtió el semanario durante una breve etapa en diario (las pérdidas económicas fueron muy fuertes). Sin embargo, poco a poco «L'Express» y su fundador fueron inclinándose hacia un centro, hacia una derecha moderada. Su antiguo público le abandonó; encontró otro más rico. Cuando Servan Schreiber vino a España para dar una conferencia en la Universidad fue abuchado, y apenas pudo terminar sus palabras. Se le consideraba ya un aventurero de la política.

Esta aventura quería apurarla. Ya en 1962 quiso ser diputado; no obtuvo los votos necesarios. Entre 1963 y 1965 intentó la aventura de la unión de la izquierda sin los comunistas (en torno a Gaston Defferre, socialista, llamado por «L'Express» «Monsieur X»). Fracasó. En 1967, un éxito: «El desafío americano», un libro vendido en el mundo entero. Pero ambiguo. Para unos era un manifiesto antiamericano; para otros muchos el libro estaba inspirado, quizá sufragado, por el Departamento de Estado. En mayo de 1968, Servan y «L'Express» cantaron las glorias de la revolución juvenil. Sobre todo en lo que tenía de negativo para el comunismo. Servan Schreiber,

finalmente, no hizo más que lo que hicieron otros grandes políticos —el propio Mendès-France— que vieron la ocasión de colarse en el poder por el hueco abierto en la calle. Fracasaron. En 1969, Servan votó no y se sumó a la campaña negativa en el referéndum convocado por De Gaulle, que terminaría con la caída del Presidente-general. Y se metió en el partido radical, que, después de haber sido durante muchos años la espina dorsal de Francia, desfallecía. Como hizo Mitterrand con el partido socialista. Estos hombres de empresa consiguieron sacar adelante sus negocios en quiebra: hubo un momento en que Servan quiso aliarse a Mitterrand y rehacer con él la izquierda no comunista, pero Mitterrand prefirió la alianza con el comunismo. Y así fue, finalmente, diputado Servan Schreiber: afianzado por los radicales.

Servan Schreiber se inclinó entonces hacia el centro. Buscó la forma de unir los partidos centristas moderados, teñidos ya de derecha por el hecho de oponerse a la coalición de socialistas y comunistas, y crear un «centro reformador». Lo consiguió en noviembre de 1971, junto a Jean Lecanuet, con el que luego no se entendería bien, sobre todo en esta última campaña presidencial. Pero en tanto que centristas, en tanto que reformadores, en tanto que antiguos amigos de la izquierda, uno y otro entraron en el Gobierno. Con matices. Lecanuet apoyó desde el principio a Giscard. Servan Schreiber quiso mantenerse ajeno, y sólo tres días antes de la elección, el 16 de mayo, hizo unas declaraciones favorables a Giscard. El apoyo de «L'Express» le faltó al Presidente durante toda su campaña.

¿Quería así Servan Schreiber dejarse una puerta abierta? ¿Ha salido por la puerta que él mismo dejó abierta para poder escapar con esta nueva personalidad de independiente? Preguntas difíciles de contestar. Más que preguntas, sospechas.

Y ahora, ¿qué? ¿Va a arrastrar diputados Servan con su defeción? No es fácil saberlo. Pero bien puede ocurrir que Servan Schreiber y su semanario comiencen a pactar con la oposición de la izquierda, ya sin exigir la exclusión de los comunistas. Y que estén tomando posición para algo que quizá haya entrevistado Servan Schreiber en sus escasos días de ministro: unas elecciones generales. Quizá su puesto de futurologo oficial le haya hecho emprender esta nueva aventura como futurologo personal. ■